

La cultura de la violencia¹

María Teresa Uribe de H.

1 Columna publicada en el periódico *El Colombiano*. Medellín, domingo 28 de septiembre de 1986.

D

dice el expresidente Betancur que en Colombia no existe una cultura para la paz, y tiene razón; pero en aras de una mayor claridad conceptual, sería preferible darle la vuelta a esta tesis y señalar, sin ambages y sin eufemismos, que hemos construido una cultura de la violencia, que esta es una sociedad fanática, donde la muerte del contrario parece ser la única vía para dirimir las divergencias; donde el crimen, en lugar de construir la ruptura del orden, hace parte del mismo orden; donde los ciudadanos se acostumbraron a convivir con los asesinatos, a aceptarlos como parte de la cotidianidad y perdieron hasta la capacidad de indignarse, que es último reducto ético que tiene el individuo frente al delito.

Cultura de la violencia que se mueve en el subfondo de la vida social impregnándolo todo, desde las relaciones domésticas e intrafamiliares hasta el dominio de lo público; que coexiste con una normatividad formal y con unas instituciones de derecho positivo yuxtapuestas y artificiales, que operan solo en la epidermis pero han cumplido la función de ocultar y oscurecer una realidad dramática con el disfraz del estado de derecho y amparadas con un discurso reformista y pacifista.

Esta cultura de la violencia ha permitido la instauración de una guerra permanente cuyos orígenes se hunden en los confines de la historia y en lugar de desaparecer se proyecta hacia un nuevo siglo; cambia de forma, de agentes, de procedimientos, de motivaciones y hasta de víctimas, pero tiene un hilo conductor muy claro; la intolerancia, la incapacidad para aceptar interlocutores, para respetar las diferencias y

una resistencia casi delirante a los cambios y las reformas, por tímidos que sean.

En una sociedad que hizo de la muerte su modo de vida, que la integró a su forma de ver el mundo, la violencia deja de ser un factor de desestabilización o un riesgo para el sistema establecido; son situaciones susceptibles de manejarse, pues se cuenta con la experiencia en ello; además, no existe ninguna resistencia por parte de la población que terminó por aceptar la aplicación de cualquier método, por desmesurados que parezca y con la inverterada ineficiencia del Estado, pues en este país las leyes son como las vajillas finas para las familias en ascenso: se exhiben en las vitrinas pero no se usan para comer en ellas.

A lo que realmente le teme la nación es a lo que no conoce; a aquello para lo cual no posee ninguna experiencia ni sabe manejar ni controla; les tiene horror a las reformas, a los cambios, a la democracia, al debate franco, a la participación popular, a la presencia de las masas en la historia, a la paz.

Hemos vivido más de treinta años con una guerra que enfrenta Ejército y guerrillas sin dejar perdedores ni ganadores y así podemos seguir muchos años más, enterrando los muertos en silencio y olvidándose de ellos por el afán del diario vivir; lo de ayer nadie lo recuerda mañana y se continúa como si nada hubiese pasado.

Se toleran las masacres de homosexuales, indigentes, gamines y drogadictos; los asesinatos de líderes políticos, dirigentes cívicos y sindicales, los genocidios de indígenas y campesinos, pues se trata de los «otros» y por ello mismo son considerados delincuen-

tes en potencia y un peligro para las instituciones; estas muertes no aterran las buenas conciencias pero si las llenan de pavor las movilizaciones populares, las organizaciones autónomas e independientes, las exigencias de participación activa y decisoria, en fin, todo aquello que signifique la democratización de la vida social.

Se observa con impavidez la muerte de jueces y magistrados, periodistas y congresistas, apelando al recurso facilista de pensar «que algo debían» o que fueron imprudentes al incursionar en terrenos vedados; se sepultan con músicas marciales y frases lapidarias para que no incomoden en la conciencia pública y seguimos repitiendo que somos la democracia más vieja de América y la potencia moral del Tercer Mundo.

En Colombia todos saben o intuyen como convivir con una larga guerra, con la violencia, con la corrupción y el delito; lo que nadie sabe es cómo se construye la democracia y se consigue la paz. La cultura de la violencia consiste, pues, en tolerar la muerte porque nunca hemos sido capaces de pelear por la vida.